
Pensar con Monsiváis

Salvador Mendiola

(1)

No hay duda, en estos tiempos la “provocación” como revuelta contra el orden simbólico ya no *provoca* más que “fama” y “éxito” dentro del mismo orden, nadie escapa de ese modo, sino todo lo contrario. Ya no hay burgués que se espante con nada, ya sólo se espantan los profesionales de eso, la gente que cobra dinero por espantarse. Ni Gloria Trevi ni Madonna ni Luis Mi Rey ni Pink Floyd ni Greta Garbo ni ninguna de esas cosas del meritito mundo del espectáculo pueden escandalizar a nadie real, y mucho menos podrán hacernos escapar del encierro en el mercado tardocapitalista de la seducción bioprogramada por el mismo mercado. Las estrellas del espectáculo no pueden deshacer los enredos del mercado; pero también es igual de cierto que hasta ahora nada ni nadie lo ha conseguido deshacer de verdad, nada ni nadie consigue acabar ya de una vez por todas con la ilusión mercantil, con el individualismo posesivo. Con tanto caos y desmadre.

Desde hará cosa de tres siglos cuando mucho, sólo existe el mercado, nada más el mercado. Todo es mercado, de eso se trata la globalización financiera. Y nosotros los seres humanos, por eso mismo, ahora sólo somos mercancías, nada más que eso, cosas sin sujeto, fantasmas, reflejos de reflejos de reflejos. Inventiones alocadas como El Santo, el enmascarado de plata, o como Godzilla. Chismes o “mugres” del mercado y sólo eso, tal es la dosis globalizadora. Afantasmear la existencia, desaparecer lo concreto. Un problemón.

(2)

La reflexión monsvaíta en *Los rituales del caos* articula con detalle y penetración la densidad y extensión de este problema inmenso. El mercado crece. ¡Ay de aquél que dentro de sí cobije al mercado!

Y ni se espanten, la esencia del mercado es el caos, la crisis, el desmadre. Sólo hay plusvalía, si antes y después hay crisis y caos por todas partes; porque eso es el mercado capitalista: crisis y caos de modo permanente. Estabilización en el caos y envilecimiento creciente por culpa de eso mismo. Incluidas las guerrillitas milenaristas y ecologistas.

Nos hemos vuelto fantasmas sin darnos cuenta, nomás por la mecánica circulación del dinero. Vivimos ahora sí de veras en el mundo del mito y la ilusión, el triunfo de la servidumbre voluntaria.

De ahí la conveniencia de pensar juntos al Niño Fidencio y Sigmund Freud, para reflexionar sobre las presencias fantasmales, y desde allí tratar de ver cuáles son los efectos reales de personalidades como las de Gloria Trevi e Isela Vega. La conveniencia de revolver el desmadre con muchas interpretaciones salvajes, para ver qué sale del caos. Para ver si todavía queda algo cierto.

(3)

Porque la primera asociación de ideas que me provoca la lectura de *Los rituales del caos* me lleva a considerar, ya por mi cuenta, las vidas paralelas del Niño Fidencio y Sigmund Freud. Dos extraños santones medio contraculturales.

Ambos pueden ser entendidos como "terapeutas" de la primera mitad del siglo XX, porque su principal preocupación fue curar el dolor humano; y más en concreto: los dos trataron de curar el cuerpo a través de la catarsis mental. Cada uno aplicó a su modo aquello de mente sana en cuerpo sano, y así, creyeron otra vez en el sofista que hace más de dos mil años afirmó que era suficiente con nombrar la enfermedad para curarse de ella. Además, cada uno llegó por su cuenta y medios a creerse inmortal (Freud dejó pruebas escritas de que consideraba que gracias al psicoanálisis podía ser el primer ser humano vencedor efectivo de la muerte; el Niño Fidencio nada más

aseguró que resucitaría al tercer día después de muerto). Y la fe que cada uno tuvo en sí mismo como "terapeuta" y "vencedor de la muerte" consiguió generar una secta de fanáticos a su alrededor.

Dos rostros de un mismo fundamentalismo: la secta de Freud se creía y todavía se cree "científica" y hasta "postmoderna", la del Niño Fidencio, "cristiana" y "sin historia". Sin embargo, las dos fundan su poder en el contacto que creen tener con el fundamento "oscuro" del ser, al que sólo pueden entender y explicar como enigma, inconsciente, secreto, naturaleza y ya. Una, la secta del diván, actúa mediante gestos ilustrados (cura según los modelos y paradigmas de la medicina institucional, publica textos, da conferencias, entrega diplomas y reconocimientos, establece polémicas); y la otra, la secta del naco sagrado, actúa según el modelo tradicional clásico (sin gran reflexión, de modo espontáneo y prácticamente analfabeta y antilibros). Pero las dos son en esencia sectas religiosas de culto a la personalidad, dos comunidades al fin y al cabo bien cerradas y despóticas, llenas de secretos, chismes y jerarquías, dos asociaciones "extrañas" a la economía y a la política normales. Dos supersticiones con éxito. Gurús que esconden la verdad dentro de su puño cerrado. Dos escándalos públicos que sirven para normalizar y seguir domesticando el alma humana.

Los puntos extremos donde terminan por identificarse justamente con y en el caos los polos de la lucha de clases, el hecho de que ahora todo sea mercancía. Freud opera como terapeuta del lado cochino de la mente burguesa ilustrada internacional, el Niño Fidencio en el lado buenito del alma del proletariado agrícola mexicano. Sólo en la superficie ambos "terapeutas" caminan en sentido contrario, al final coinciden en proponer eterno el malestar de la lucha de clases.

Cada quien cobró muy a su manera eso de curar haciendo que nos conformemos con aguantar la enfermedad, uno lo hizo con tarifa fija y reloj despertador, el otro según la voluntad de sus seguidores y con gran carnavalote naco. Pero los unifica, de principio, eso de pedir algo a cambio de sus favores terapéuticos, volverse mercancía, ponerse precio según la división social del trabajo, y ponerse ese precio nada más por razones que sólo podemos entender definiéndolas como de carácter egoísta chamánico, esto es, por puro capricho personal, sin ninguna razón realmente colectiva. Vueltos

purito fetiche del mercado. Sin embargo, es cierto, las comunidades que los siguen les pagaron al fin y al cabo lo que pidieron, les valieron ese trato, aceptaron tal cual este tipo de mercancías del espíritu.

En promedio, ambos brujos de la primera mitad del siglo XX tuvieron la misma eficacia terapéutica. Cada quien a su modo pero ambos cuentan con la misma cantidad de curaciones reales demostrables (un promedio de todas formas muy inferior al de las terapias “normales”), y con también iguales efectos de masa, o sea, con sus quince minutos de fama mundial; aunque ni se inquieten, doctores del juego del diván, siempre habrá que guardar las debidas proporciones y distancias. Ya en los hechos, no tuvieron el mismo efecto de mercado. La fama de Freud es análoga a la de Chaplin, Valentino, Presley y los Beatles, es una mercancía del espíritu postmoderno, tiene demanda mundial; mientras que la fama del Niño Fidencio equivale a Negrete, Infante, Solís y los Caifanes, es una mercancía para normalizar mercados subdesarrollados, donde predomina la ignorancia. Uno todavía tiene efectos muy vivos por todo el planeta, es la religión del porvenir, la idolatría del inconsciente; el otro apenas sobrevive como fenómeno muy localizado y en camino de plena extinción, termina con las religiones agrícolas. El doctor vienés ambicionaba el reconocimiento científico universal, quería ser un santón de la idolatría de moda, donde predomina la superstición físico-matemática; y al buenote del Niño Fidencio nomás le bastaba con el reconocimiento directo de quien fuera; pero, ojo doctores, nunca hubo un presidente de la república que consultara al doctorcito vienés, mientras que el Niño Fidencio metió en su redil y fiesta sagrada al monstruito de Plutarco Elías Calles.

Pero insisto, vistos con calma se parecen en más cosas de las que son diferentes. Y así es como el discurso de Monsiváis ya me puso a realizar asociación libre de ideas por escrito. Para comenzar a recibir sus efectos comunicativos, su crónica del caos. La filosofía de Carlos Monsiváis.

(4)

Después se me ha ocurrido que también hay un interesante paralelismo entre las figuras públicas de Isela Vega y Gloria Trevi. Análogo al existente entre los dos santones; pero ahora más cerca de nuestra

realidad cotidiana, el mundito pop a la mexicanita. Cosa que nos pone ya más cerca del pensar en sí de Carlos Monsiváis, que es a donde voy con este ensayo.

Si hiciéramos un análisis estructuralista de los textos que Monsiváis les dedica a cada una de estas dos mujeres, encontraríamos, ni lo duden, el mismo dispositivo semiótico-retórico y las mismas propuestas éticas: el feminismo a la Monsiváis, el más grande feminista mexicano según han declarado feministas diplomadas. Un feminismo radical en serio, bien broncudo y desinhibido, como el de estas dos heroínas populares mexicanas. Nada de que me espero hasta que me reconozcan como víctima del caos instituido; actúo ya, directamente, chocando contra esa indiferencia, contra esa falta de respeto general que se niega a reconocer las diferencias reales del sexo femenino y la personalidad de las mujeres.

El feminismo de la acción directa en el mundo del espectáculo, el anarquismo romántico vuelto: "¿Qué me ves, güey!" Y si vas a ver, vas a pagar, no sólo con dinero, sino con libido... con bilis y placer.

Monsiváis escribe de chavas buena onda capaces de ponerle sus buenos sustos al Macho Ideal, o sea, a La Boba Moral Boba. Chavas que desbordan los cánones sobre la mujer objeto y esas cosas. Dos señoras nocturnas, rudas y vampirescas pero con sonrisitas seductoras a la Baudrillard, es decir: ambiguas, muy ambiguas, por sus excesos femeniles... y por tanto "siniestras". Tan oscuras como Freud y el Niño Fidencio; pero con una ventaja rebelde, la catarsis que provocan deshace injusticias espirituales, cuando menos. Dejan volver a desear lo imposible. Cosa que congela al Macho, pues le recuerda que el poderío viril sólo significa renuncia a pensar, fuerza bruta. Y que pensar significa ir avanzando, poco a poco, día a día, en la dominación real de la fuerza bruta, en el ascenso crítico a la sociedad razonable.

Por eso Isela Vega y Gloria Trevi pueden ser sintetizadas mediante una estructura argumental. Desconstruyen la simbólica fetichista, provocan angustia dentro de la conciencia neurótica patriarcal, angustia que se resuelve en risa y/o desfogue libidinal, o sea, en la liberación de la conciencia. Hacen visible y nombrable el problema esencial del Macho. Miedo a la castración, envidia del útero que no pare hijos para el patriarca ni para nadie. Eso causan

estas dos mujeres simbólicas. Y de allí su éxito popular, su efecto inmediato; el escándalo que les produce dinero, que es la única fama que vale en este pinche mundito. Logran espantar tanto al respetable, al que consiguen atraer en vez de hacerlo huir. Son imágenes activas, imponen su ley, hacen que todo mundo las tenga que tomar en cuenta, para bien o para mal, cosa, esta del mal, que nada importa para el éxito en el espectáculo. Que ya andando en esas, no hay mercancía buena.

Porque Isela Vega y Gloria Trevi transgreden los límites domésticos de lo femenino, lo vuelven problema, hasta cuando parecen muy docilitas y dulces, hechas mero objeto del deseo masturbatorio general, espantan al macho y lo ponen a pensar. Pero de ese modo, asustándolo antes que nada. Y en eso se unifican, y por eso, creo, Monsiváis les dedica ideas claras y distintas, como, lógico, no puede dedicarles a Rosa Gloria Chagoyán y a María Rojo, por ejemplo.

(5)

Ahora, en *Los rituales del caos*, la filosofía de Carlos Monsiváis aparece autocriticada, es cierto, depurada. Especialmente en esto de Gloria Trevi y las imágenes públicas de la mujer. Después de todo, si la sexualidad es cosa infantil, la rebelión libertaria es cosa de Peter Pan y las ninfetas inagotables e ingobernables, de los símbolos que vuelven de veras infantil lo del sexo que da risa y maduro lo de la autoconciencia que causa gozo. Lo siniestro femenino que emancipa el goce reprimido. Esas risitas.

(6)

Y así de libres son las demás cuestiones puestas en juego con *Los rituales del caos*. ¿Pero por qué todo eso? ¿Por qué así, específicamente vuelto México? Porque es cierto que el libro de Monsiváis sólo se entiende bien desde adentro de la Gran Ilusión que somos los mexicanos en concreto. ¿Por qué más al estilo de Isela Vega y Gloria Trevi que al de Madonna, también incluida en la narración?

Muy en concreto: sólo se entiende bien el mensaje de Monsiváis cuando se lee desde adentro de la llena de esmog que es esta Ciu-

dad de México. Aunque el "adentro" sólo sea espiritual.

Por eso tampoco este nuevo libro de Carlos Monsiváis podrá funcionar como *El laberinto de la soledad*.

Otra vez un libro de Monsiváis sólo sirve para espantar turistas, no para domesticarlos. Y una vez allí, no sé qué sea bueno y qué sea malo, sólo sé que pasa.

Si Octavio Paz inventa un México, lo inventa con explicación, comprensible, luego entonces contemporáneo y muy vendible, y lo describe en lo esencial, "soledad postmoderna"; y si Monsiváis describe un México, lo vuelve caos, incomprensible, luego entonces como era siempre, como la realidad misma, un país encerrado en el pasado que ya no volverá a existir, un fantasma, puro caos, luego entonces... un país borrado, tachado, deshecho, invendible... "inventado". Y la cosa es que por más que le busco sólo encuentro que las dos cosas o visiones son, juntas, nuestra verdad, y que por eso estamos como estamos. Y que esto no es precisamente algo malo para nadie.

Los rituales del caos son la forma de echar relajo dentro del laberinto de la soledad; hay un mono gramático en cada dócil cuerpo transportado por el Metro. Y así sucesivamente.

(7)

Pero una vez explicada la filosofía de Monsiváis, nos queda lo más excelso, su escritura. La fiesta Carlos Monsiváis.

Leer a Octavio Paz es igual que leer una traducción del alemán o del ruso, cuesta trabajo encontrarle nuestro modo de hablar, es un poeta internacional. En cambio, con Monsiváis sucede justo lo contrario.

Su primer efecto auténticamente filosófico está en ese estilo tan suyo de poner a pensar por escrito esta nuestra lengua chilanga, más ese su modo propio de construir el dispositivo libro en y para sí. Otro modo de argumentar la liberación humana. Con fotos de postal y todo eso. El modo Monsiváis de inventar esta gran ilusión de El Libro, la cosa que se lee y que al leerse desarticula la presencia del mercado. La mercancía que destruye las mercancías, porque hace pensar, convoca pensamientos... Sobre La Realidad que nos rodea.

Su forma de nombrar tal cual nuestro cotidiano caos tequilero y relajiento, nuestro nihilismo agrario, hasta dentro de "la tele" o "el Estadio Azteca" (que, entonces, tal vez no sean exactamente lo mismo, ni pura nada).

(8)

Cuando la libido nos alcance... en la cosa del texto; esta ilusión que nos comunica la realidad. La escritura. Que esta vez se presenta como la escritura de un apocalipsis bien chilango, la gran parodia monsvaíta de los muchos textos que anuncian el fin del mundo, la crítica del "orden waffle" de la moral burguesa judeocristiana. Y por eso la escritura de un texto que exorciza ese fin del mundo, que anuncia crónica tras crónica, y de ahí en adelante quien lee decide.

Pero, eso sí, Monsiváis establece bien claro que así ya no vivimos el retorno sino el triunfo demócrata de los brujos, cuando ya todo mundo es gurú, nomás por ver la tele, y ya sólo nos queda acatar la verdad definitiva: no hay afuera del mercado tardocapitalista, vivimos en el mundo donde los objetos producen a los sujetos, la realidad donde el espejo está en la unidad de la conciencia y ya nunca más en el marco de las cosas... Donde lo sagrado ya no tiene chiste. Ya sólo hay gente con su religión propia, por todas partes, de todas formas. Cientos de gurús con el puño cerrado en cada manzana de la ciudad, gurús de todo tipo y color, con o sin su(s) propio(s) gurú(s). Sociedad que encuentra energías por todos lados, sociedad de dalais lama baile y baile en cada pirámide, tíbiri, capital del danzón y discoteca del mundo. Pero eso sí, todos los gurús, así sean yuppies, darkies, gruesos, zapatistas, marlon brandos, valemadres o lo que quieran, todos los gurús baile y baile al son de la mercancía, y ya.

¡Impuestos y rebajas para todos! ¡Más y mejor gobierno para todos! ¡Y ya!

Proliferan las ilusiones, las necedades bien explicaditas sobre la verdad de las fuentes de energía y las buenas vibras. Estamos girando en la espiral engatusante de lo sagrado por aquí y lo sagrado por allá, la medianoche de los fundamentalismos, la pesadilla del egoísmo generalizado, y ya. Y si ya todo es político, ya todo es la religión de la política.

¡Ciencia y circo para todos! ¡Pan y votos!

Prolifera la cuaresma tardocapitalista, con o sin disfraces. La moda de las religiones nuevas y viejas que ahora sí nos dizque tiran la línea neta, porque ahora hasta pueden olvidar la religión y estudiar el inconsciente personal y colectivo de la especie, el bioritmo y esas cosas, para poder liberar oprimidos y jodidos, dándoles buen gobierno por todas partes, panóptico buenaonda y ciencia ecologista.

Si todo este opio popular está volviéndose cada vez más popular, ello se debe a que eso del opio popular está por terminar. Cuando el apocalipsis se puso de moda en forma tan variada, se vive ya el triunfo de los brujos tecnodemócratas postmodernos, y ello significará, a la larga, el mismito fin de las religiones. O sea, la Mujer Dormida ya parió, y como era de esperar: fue otra vez el parto de los montes, y párenle de contar. Ratones entre cerros, ratones entre autos, microbuses, camiones y humo negro. Ratones en las cuevas, ratones en los condominios.

Si ya el Dalai Lama se retrata con sus lentes Ray Ban, igualitos a los de Michael Jackson. Y Julio Iglesias afirma en entrevistas al ¡Hola! que tiene un satori después de cada comida y que le habla la Virgen cuando camina silencioso por el Xanadú donde ande. Hay energías cósmicas en los corn fléiks, más en las Zucaritas que en los Chococrispis. Bailar en Huipulco saca menos callos y ampollas que hacerlo en Coyoacán, afloja tus huaraches con aceite de oliva. Yea yea.

Todo lo absorbe el mercado... y las religiones y los brujos y las fuentes de energía y hasta el chamucho mismo, sean lo que sean, ya nada pueden hacer en contra de ello, son signos-mercancía, tienen su precio, su público y su oferta. Hasta se puede decir que todas las religiones lo provocaron, porque todas las religiones únicamente son, al igual que la familia, los medios de comunicación colectiva y la escuela, aparatos ideológicos del Capital-Estado; pero sobre todo, las monoteístas y puritanas, las represivas disfrazadas de aliviandas y liberadas. Se derrumba el mundo de las religiones y por eso ahora cada quien inventa la suya propia, comenzando, si quieren, por Wojtyła. Aunque quizá quien mejor lo haya hecho hasta ahora siga siendo Walt Disney.

El fin del mundo es el hecho de que el consumo individualista posesivo sea la única verdad cierta para vivos y muertos, empleados

y desempleados, desarrollados y bárbaros, civilizados y sobreexplotados, activos y pasivos, inquietos y calmados, premiados y castigados, con cable y sin cable, graves y sin prisa ni meta, y todo eso. El consumo, luego entonces: la pulsión de olvido... la ley del mercado... negar las libertades personales, desde adentro y desde afuera de la persona, no querer volver a saber que ya sólo hay consumo capitalista de todo, sólo mercancías, ya no querer recordar ni entender que sólo hay auténtico consumo si antes hay, tiene que haber, todo el tiempo, producción y circulación de mercancías, o sea, contrato asalariado y dinero para volverlo real, muy real, un dispositivo energético material para deshacer al sujeto, para reproducir mercancías, sólo mercancías. Luego entonces: El Caos.

(9)

El consumo tardocapitalista (simbólico —real— imaginario) configura y sobredetermina el dispositivo del encierro: el espectáculo, el bioprograma del caos y sus metáforas siempre sangrientas... el contradeseo. Porque la pulsión consumista genera, nadie lo ignora, la destrucción sistemática, la destrucción hipercompulsiva (aunque inconsciente) del planeta, la obsolescencia planificada y hecha sobre-deseo, algo más grave que todo lo que deja pensar la ecología, porque resulta ser, otra vez, ¡ay horror!, la crítica radical de la economía política. Porque entonces se trata de que el mercado es un encarcelamiento planetario dentro del dinero y el contrato asalariado; sólo así hay plusvalía en el presente, explotándolo todo, comenzando ya por el espíritu humano. De ahí que se vendan enciclopedias de puerta en puerta, igual que ollas exprés y biblias.

Hay crisis y caos todo el tiempo por culpa de este círculo vicioso: dinero y contrato asalariado, capital y servidumbre voluntaria. Encarcelando al sujeto imposible dentro de los muy posibles y objetivos y muy concretos lineamientos del mercado capitalista universal, conclusión lógica del proceso de crecimiento desigual y combinado: con la pulsión libidinal del dinero, el mercado subsume al individuo, lo convierte en robot del consumo, esté en el lugar que esté de la lucha de clases; cosa, esta de la lucha de clases, que, entonces, parece haber desaparecido, porque entonces ya está en

todas partes, hasta donde Dios no puede ni podrá estar nunca... en la libertad, obvio, enajenándola, volviéndola crisis y caos.

Porque, después de todo, el único "derecho del hombre" que se respeta oficialmente en toda la tierra es el de la dichosa "propiedad privada" de los medios de producción de la riqueza social.

(10)

Condensación. ¿Voy demasiado rápido? ¿Conviene regresar sobre lo andado? ¿Hacer más clara mi recepción crítica de la filosofía Monsivaíta?

Es una ventaja de la escritura, poder revisarse. Hagámoslo entonces. Arranquemos de nuevo, desde lejos, más lejos. Para integrar completo el discurso que se amerita pensar en y con la filosofía de Monsivaís. Entonces...

Recuérdese bien: junto con José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid, Carlos Monsivaís es una de las actuales fuentes de escritura más lúcida para comprender la realidad como es, desde aquí, desde esta Ciudad de México. La Realidad.

El trabajo escrito de ellos tres constituye uno de los fundamentos básicos de la actual conciencia mexicana. Tanto por la amplitud de sus propuestas éticas como por la profundidad de sus razonamientos y la contemporaneidad de sus procesos de escritura, esto es, por su forma específica de comunicar sus razonamientos y propuestas sobre México. Los tres tienen en común dedicarse a narrar la historia como reportaje. Y ninguno de los tres es, ni se considera a sí mismo, La Verdad con patas, ni cosa que se le parezca; ninguno de los tres pretende ni quiere ser eso. Trabajan en serio contra el culto a la personalidad, contra ese fundamentalismo. Esto es, trabajan pensando y piensan el sentido de trabajar. Son nuestros intelectuales, los de la contracultura. Por eso son muy importantes sus escritos. Dejan pensar por cuenta propia.

Liberan la discusión y aclaran la construcción del concepto y la experiencia de ser y estar en México. Vuelven evidente que no se necesitan líderes ni caudillos ni *führers*, que esos ídolos individualistas (que nunca sujetos) sólo estorban la liberación humana, aquí y en China y en donde quieran. Lo necesario todavía conviene pensarlo

y desearlo, sobre todo desearlo, desearlo mucho, para así saber hacer realidad tal deseo: Democracia, el gobierno del pueblo.

Y en este sentido, Monsiváis es el meritito cronista de la Ciudad de México, y tal oficio lo ejerce desde la situación contracultural, desde la operación de la revolución libertaria en y por la cultura. La situación que más nos conviene, la de pensar por cuenta propia. Nos muestra, tropo por tropo de su escritura, el significado positivo de pensar por cuenta propia en medio de este caos muy concreto que es la Ciudad de México, un territorio multigeográfico, multigeneracional y más que nada "mental", la Ciudad, que nunca cabe en sólo este terrenote que es la cuenca del Lago de Texcoco y su país conurbado, no únicamente este ex-espejo montañoso que alguna noche se creyera el ombligo de la Luna. Sino la Ciudad de México como efecto tequila inconsciente del planeta Tierra, algo que, entonces, tiene que ver con todo mundo, con los vivos y los muertos, con Comala enterito, y cuantimás para quienes sí habitamos este ex-lago entre volcanes, ahora rete repleto de gente pobre y triste, y casi a punto de reventar de tanto esmog y ruido.

De allí que ya sea hora de pensar con mayor cuidado sus libros, los de nuestro sabio contracultural Carlos Monsiváis, porque de un modo aún más rotundo que los libros del gurhuapanguero José Agustín o los del acamédico Bellinghausen o los del ocultista José Joaquín Blanco, y tantas plumas y personalidades más que dialogan de cerca o de lejos con él, las crónicas monsivaítas son los puntos donde el periodismo radical "Made in México" más se concentra y marca huellas básicas, auténticos fundamentos diferenciales para pensar, ahora sí, la libertad integral en y para y desde México. La liberación internacionalista, la autoconciencia. Pensar cada quien por cuenta propia. Y desde *Días de guardar* hasta *Los rituales del caos*, cada uno de los libros que Carlos Monsiváis propone a debate, implica un ascenso colectivo en la construcción de un pensar radical en lo realista, una auténtica filosofía nuestra, tanto por su novedad expresiva como por sus recursos de reflexión, una escritura-pensamiento heredera ya de Nietzsche y McLuhan, por un lado, y Martín Luis Guzmán y Carlos Fuentes, por otro. La estética de la liberación del naco y más que eso. Una sistemática y bien librada deconstrucción del Macho Tiránico. Cada nuevo libro de Carlos Monsiváis implica un ascenso más comunitario, más consensual, más risueño y contento, en la

construcción del espíritu absoluto libertario de la tribu, trabajo en que sin duda alguna Carlos Monsiváis está ocupado desde siempre. Por ello hay que recibir *Los rituales del caos* con muchos trabajos dispuestos a ampliar la reflexión y el debate, con el fin de corresponder al impulso de este pensamiento nuestro que es el de Carlos Monsiváis.

(11)

Como me dijo alguna vez Luis Guillermo Piazza: "Ya bien emplazados en el reconocimiento de que esta culturita nacional determina la civilización nacional, y que todo esto sólo significa que culturita y civilización conectan con culturita y civilización mundiales, entonces, ni se dude, Carlos Monsiváis viene a ser el primer escritor filosófico en castellano que de verdad parece superar a Séneca, primero, y a Gracián en definitiva. Y da la casualidad que es americano y vive en Portales. Tal cual. Para gloria y coraje del mismito Alfonso Reyes. Monsiváis ha puesto en acción un modo de pensar nuevo y propio, en esta culturita, que es la del mundo entero."

(12)

¿Por dónde seguir ahora? ¿Vale la pena seguir? ¿Será necesario?

Por la importancia de este libro neoapocalíptico mexicano, bien vale la pena escribir no sólo reseñas y ensayos, sino libros y libros, muchos libros, ríos de escritura, para tratar de comprenderlo y llevarlo a la praxis crítica. También por amor a la verdad, al ser interminable la recepción de *Los rituales del caos*, todo texto que lo intente comentar y explicar será y permanecerá incompleto, es el signo de los tiempos.

Y entonces con lo hasta aquí dicho creo haber planteado con creces lo necesario para transmitir aquello esencial que me ha hecho comenzar a pensar. Y por eso mismo lo que esta crónica de Monsiváis puede dejar pensar a toda persona que la lea. Aquí yo he cargado mi anillo de poder con su filosofía. Vale.